



Medio siglo de vivencias docentes en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional

Hector Reverend P. MD, Profesor especial de Medicina Interna, Universidad Nacional de Colombia

Me vinculé a la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional en el año de 1946 como estudiante. Hice una carrera continua con la forzosa interrupción de la medicatura rural y luego escalé por concurso rangos de interno en urología, dos veces en medicina interna y la jefatura de clínica médica, todas en el hospital de San Juan de Dios, "La Hortua". Cuando se inició la reforma de la Facultad de Medicina, fui profesor de la misma, encargo que aún desempeño en calidad de profesor especial de medicina uno-semiología.

Este transcurso de 53 años es lo que me permite en un rol testimonial de primer plano, para contar como ha evolucionado la docencia médica en esta facultad en el último medio siglo.

En términos generales, el proceso académico de la universidad no puede ser una inspiración autónoma, ni una deliberación aislada del alma matter. La universidad es también un importante elemento de la gestión nacional y necesariamente sus formas y funciones serán consistentes con los altibajos y cambios de la nación y del estado. De otro lado, la substancia universidad es en sí un contexto donde se relacionan la comunicación con el entorno físico, social y político del país, la filosofía socio

antropológica, las conquistas científicas universales, las técnicas académicas y los sensacionales logros tecnológicos de la humanidad.

Tampoco podemos desconocer que la universidad es el espacio de reflexión y de investigación donde se debe conocer y diagnosticar las vicisitudes nacionales, el problema político, el suceso gubernamental, el desacuerdo o el acierto económico y donde se deben elaborar propuestas de solución que orienten el desarrollo socio político de la comunidad, porque ningún sector de opinión está mejor posicionado que la universidad, para diagnosticar el problema y asesorar al estado y al gobierno con el análisis sereno y desapasionado de la vicisitud nacional.

El estamento profesional, poseedor del conocimiento, de la ciencia y de la técnica debe fecundar al alma matter, constructora del espíritu profesional y de la verdad nacional, utilizando la materia excepcionalmente inteligente de nuestro estamento estudiantil, para lograr el desarrollo, el progreso y la felicidad colombianos.

IN ILO TEMPORE, en aquel tiempo anterior a 1930 la población Colombiana escasamente llegaba a los cinco mi-

llones de habitantes. El país daba cabida a todos, el peso estaba a la par del dollar; la población era rural en un 80%; había un altísimo analfabetismo; no era necesario estudiar para vivir; la gente no sabía firmar, lo hacia con una X y otra persona firmaba por ella a ruego. Una persona con educación primaria podía ser empleada oficial y un bachiller podía ser Alcalde, Gobernador, Concejal o Diputado. Un Doctor podía ser congresista, pero no presidente por razones conocidas. El estudio se hacia no por necesidad, sino porque era de buen tono ser hombre culto y por eso, solo las clases de alto nivel social estudiaban, no para vivir de la profesión sino para un desempeño ilustre en la sociedad y para dedicarse al sacerdocio, a la milicia, a la política y a veces tan solo a la bohemia.

En 1935, primera administración del Dr. Alfonso López Pumarejo, liberal socialista y demócrata, desarrolló como bandera política "La Revolución en Marcha". Esta revolución fue educativa. Implicó a la educación pública y a la privada. Regaló cuadernos, lápices, tintas, colores y la matrícula era gratuita, salvo que las personas quisieran donar 50 centavos al col egio. Las clases eran para grupos grandes y los alumnos no tenían textos, el texto lo tenía el profesor. La clase era dictada y los alumnos copia-

ban. El dictado incluía la ortografía y la puntuación. Alfonso López P. Construyó este hermoso centro universitario que era llamado la ciudad blanca porque todas las edificaciones eran de ese color.

La matrícula universitaria era de cuarenta y cinco pesos al año. Los profesores eran personas que habían estudiado en el exterior, vivían del ejercicio privado, recibían un salario de cincuenta pesos mensuales, que no cobraban. Dictaban una cátedra de dos horas cada tercer día, venían a la universidad o al hospital dos o tres veces a la semana. El hospital era de caridad, para indigentes y los ciudadanos consideraban una deshonra solicitar servicios al hospital, que era para marginados, viciosos, con enfermedades de transmisión sexual, desnutridos, ignorantes: el pueblo sin medios de subsistencia. La gente bien nacía y moría en su casa. El médico tenía consultorio privado y ejercía la visita domiciliaria, era médico de familia.

El hospital era financiado por la junta de beneficencia, que era una junta notable, configurada por el obispo, el gobernador, un profesor universitario y un miembro notable de la comunidad, administraba los bienes que la filantropía comunitaria cedía para atender a los indigentes. Después se comenzaron a fundar loterías para multiplicar esos fondos y bienes. La beneficencia creó hospitales, asilos de ancianos, frenocomios, orfanatos para los desvalidos. La gestión hospitalaria corría a cargo de un profesor médico, dirigido por la junta de beneficencia. Los servicios eran prestados por internos que vivían en el hospital y jefes de clínicas que los dirigían. Los profesores solo eran docentes; seguían las orientaciones de escuelas europeas y los servicios de enfermería eran prestados por las monjas de la presentación, quienes vigilaban los servicios. Los servicios generales estaban a cargo de niñas de los hospicios, entrenadas por las monjas. La docencia era memorística y rigurosa. Para ese entonces, los profesionales formados mediante la revolución de López que por provenir de las clases pobres eran llamados "doctorcitos", por sus propios iguales so-

ciales, pero eran la élite intelectual del país, que aún no contaba con el medio político adecuado, ni con medios de producción para una vida independiente y tuvieron que recurrir al empleo.

Para ese entonces había ya algunas empresas oficiales de licores, de cigarrillos, la empresa privada manejaba cervezas y gaseosas, pocas fábricas y no había capacidad de absorción de profesionales, quienes tuvieron que vivir del consultorio privado y del empleo oficial. Los médicos fueron reclutados por la policía y el ejército y especialmente por el naciente Seguro Social, las Cajas de Previsión y los menos respaldados se vincularon a la docencia médica y a la asistencia hospitalaria.

En el año de 1959, después del 9 de abril, la violencia política, la dictadura de Rojas Pinilla y el gobierno de transición de la junta militar, asumió legítimamente el poder, el Dr. Alberto Lleras Camargo, quien había sido ministro de gobierno durante la segunda administración del presidente López Pumarejo, a quien reemplazó en la presidencia cuando este renunció después de ser secuestrado en pasto y luego había sido elegido y reelegido como secretario general de la OEA. Esta circunstancia permitió a Lleras convertirse en el introductor de los cambios de la segunda postguerra mundial en el país.

La posesión de la bomba atómica y su uso contra los japoneses dio a los Estados Unidos un aterrador poder estratégico, político y económico, que fue genialmente utilizado. El riesgo de la mala voluntad de los Estados Unidos contrabalanceada por el poder soviético dividió a las naciones en dos bloques: nosotros quedamos cerca de los Estados Unidos y bajo su innegable poder. Los Estados Unidos con su inmenso poder lograron crear organismos internacionales, con delegados de muchas naciones, que tenían derecho a voz, pero de todos modos sometidas por el derecho a voto, de los norteamericanos y de los rusos, lo que instauró a grado máximo el imperialismo socio político y económico in-

ternacional.

Los estados latinoamericanos perdieron su autonomía política porque la ONU, la OMS, la OPS, la OEA, la UNICEF, el BID, el BM y demás superestructuras internacionales se convirtieron en oficinas supra nacionales desde donde se indicaba a las naciones latinoamericanas como debían gobernar, como debían educar, que obras debían construir, cuanto debían devaluar, como debían estructurar su política económica y como debían dirigir sus políticas sociales. En los diferentes países muchas oficinas nacionales se convirtieron en agencias desde donde se asesoraba al estado, e inclusive se formaron estructuras e instituciones de rango nacional que no pasaban de ser simples agencias de tales superestructuras internacionales.

En el campo de la educación médica, surgió en Colombia ASCOFAME, Asociación Colombiana de Facultades de Medicina, filial de FEPAFEM, Federación Panamericana de Facultades de Medicina, vinculadas como miembros de la OMS, Organización Mundial de la Salud, desde donde comenzaron a decirnos como debíamos formar al médico colombiano. Tal situación constituye sin duda alguna un sistema colonial que pone a la educación en Colombia bajo la dirección de una poderosísima potencia internacional que va a orientar no solo la educación médica sino, mas grave aún, la formación de los economistas colombianos que como es natural, dejaron de mirar la estructura del problema económico nacional y de resolverlo con los recursos de que dispone el país, para adoptar en cambio programas y estrategias económicas internacionales que se traducían en cuantiosísimos préstamos del banco mundial y del banco interamericano de desarrollo que el país no podía pagar con su producto bruto y que no retribuyeron al país con desarrollo industrial, social ni económico y que multiplicaron ingentemente la deuda externa, el estado se vio abocado a una política opresiva de impuestos y a una devaluación galopante que consumió al recurso nacional, detuvo el desarrollo y terminó con el empleo.

En 1959 asumió la decanatura de la Facultad de Medicina el profesor Dr. Raúl Paredes Manrique, quien reformó la Facultad de Medicina y logró profundos cambios, como la semestralización de la carrera, la departamentalización de la facultad, la planeación del postgrado, la fundación de las unidades especializadas; estimuló los convenios con escuelas médicas norteamericanas, donde profesionales médicos colombianos podían adiestrarse brevemente en alguna especialidad al cabo de la cual, regresaban, sin mas condiciones, como profesores de la facultad. Estableció además la dedicación de tiempo completo, creó el empleo de profesor, eliminó los concursos e hizo las selecciones de acuerdo con el currículum, que permitía reconocer un elevado puntaje a los profesores que hablaban inglés y que hubieran gozado de alguna formación en los Estados Unidos. Esta condición ponía en franca desventaja a los profesores criollos que no hablaban sino español y que no habían tenido el privilegio de ir a universidades extranjeras. Esta injusta desigualdad fomentó el menosprecio por el humilde profesor colombiano, que, para ser tal, solo podía apoyarse en su vocación, su esfuerzo y su compromiso con el deber académico y la oportunidad de un concurso que ya no se hacia.

La escuela cambió de norte; se abandonaron los métodos docentes de diseño europeo y se implementaron las metodologías recomendadas por la organización mundial de la salud. Se estableció con carácter de asignatura el aprendizaje obligatorio del inglés y se le concedía poca importancia al lamentable hecho de que los estudiantes de medicina no supieran ni hablar ni escribir correctamente el español, lo que convertía a la influencia extranjera, no ya en una situación de coloniaje, sino en una flagrante condición de conquista.

La investigación ignoró el asunto epidemiológico, socio político, y económico colombiano y se proyectó sobre una frustrada y costosa investigación que aún ahora ni ha descubierto nada ni ha inventado nada, ni le ha resuelto ningún problema al país.

La asistencia hospitalaria quedó bajo la responsabilidad de los profesores con la colaboración de los estudiantes de pre y postgrado y por primera vez se logró que los estudiantes pudieran aprender directamente del paciente a través del contacto directo, el examen físico y la elaboración de la historia clínica, lo que implica una notoria transformación y un profundo avance que proyectó la medicina colombiana a un nivel comparable con las mejores del mundo.

En el año 1970 bajo las ideas sociales del presidente Misael Pastrana, se logró una reorganización administrativa del postgrado que permitió corregir algunas injusticias. Hasta entonces el título de especialista no lo certificaba la Facultad de Medicina sino ASCOFAME. El propósito del postgrado era formar docentes, se admitían veinte doctores al primer nivel, se promovían diez al segundo nivel y de allí se seleccionaban cinco para el tercer nivel; de estos, se obtenía un instructor; los otros diecinueve no eran certificados.

Los egresados del postgrado colombiano eran excluidos del empleo especializado y solo recibían empleo en calidad de médicos generales, pues se prefería en las agencias de salud a cualquier médico que hubiera hecho una experiencia, así fuera de tan solo un año en una universidad extranjera, por encima de especialistas formados durante tres años en las universidades colombianas.

En 1970 la situación culminó con una rebelión contra ASCOFAME y el Ministerio de Salud, en un encuentro con los residentes, les dio el título de profesionales en adiestramiento, les puso un salario, les abrió el mercado especializado Colombiano, impuso la validación a los especialistas extranjeros. Posteriormente en la administración de Alfonso López Michelsen, se les quitó la categoría de empleados oficiales en entrenamiento, los denominó becarios. Finalmente el presidente Turbay Ayala, les quitó el salario y los hizo pagar por el postgrado, lo que reserva desde entonces la educación de postgrado a los estudian-

tes de mayores recursos económicos.

En los últimos años, se han vuelto a imponer los concursos, la investigación ha aumentado apreciablemente y con la excepción del Dr. Elkin Patarroyo a la cabeza, que está trabajando en el interesante campo de la vacuna sintética. No se da la preferencia a los problemas colombianos, sino que se hacen protocolos que tratan de establecer comparaciones con los resultados obtenidos por universidades extranjeras; todos los trabajos comienzan mencionando la incidencia del problema en los Estados Unidos y por ningún lado aparece cuál es la incidencia en Colombia.

Podríamos decir que nuestra universidad peca de inauténtica, lo mismo que el estado colombiano; una y otro han sufrido la presión del salto dado de la economía agrícola a la economía de transformación, si haber formado los profesionales, ni producido las tecnologías nacionales que lo permitieran, por lo cual, las políticas económicas surgen no de los gobiernos colombianos sino de las asesorías del banco interamericano de desarrollo BID, con operaciones costosísimas que deben ser financiadas por el banco mundial y que no arrojan los efectos esperados. Por esta razón, la deuda externa ha crecido incommensurablemente. La producción nacional no alcanza para cubrirla y el gobierno tiene que acudir a los pobres recursos privados a través de un esquema de altísimos impuestos, de vida cara y de opresión económica.

Ustedes los nuevos profesores, los del siglo XXI deberán asumir la responsabilidad de orientar a la universidad y asesorar al estado para que sin aislarse del progreso mundial no sigan al pie de la letra las recomendaciones hechas por economistas internacionales que no conocen al país; de pedagogos postmodernistas que desconocen el potencial intelectual brillante de nuestro mestizaje y de psicólogos y psicoanalistas que se han prestado para romper las esencias más profundas de nuestra cultura colombiana y latinoamericana y nos han quitado la autenticidad.